

María Luisa Bombal:

Tres cartas inéditas, un prólogo y un posavasos

Manuel Peña Muñoz

Conocí a María Luisa Bombal una tarde de lluvia muy acorde a la atmósfera de sus libros. Vivía en ese tiempo, en el otoño de 1974, en una de esos característicos chalets de Viña del Mar, cerca de la Plaza México, que se construyeron en los años treinta, de dos pisos, con ventanas de ojo de buey, un antejardín lleno de rosas, unos azulejos que representaban a la virgen de Covadonga y adentro, un amplio living-comedor dividido por unos cortinajes.

Hacía poco tiempo que había llegado de Estados Unidos donde vivió más de treinta años alejada de Chile y muy pocos la recordaban como la gran escritora chilena que había dado tanto que hablar con sus novelas “La Última Niebla” y “La Amortajada” y sobre todo con un conflicto sentimental a raíz del cual tuvo que abandonar el país.

Me recibió en ese salón rodeado de retratos, con porcelanas y adornos, sentándose alegremente en un sillón de cretona floreada y hablándome como si me conociera de siempre. Le agradaba la gente joven especialmente si uno se acercaba a ella porque admiraba su talento. Yo tenía veinte años en ese entonces y terminaba de leer con verdadero interés sus obras en mis días de estudiante de literatura en la Universidad Católica de Valparaíso. Para mí, esos libros eran una verdadera escuela de sensibilidad y del uso poético del idioma.

Inicialmente supe que estaba en Viña del Mar a través del músico Marco Antonio Peña a quien yo visitaba a menudo en su casa de Playa Ancha, ya que estábamos vinculados con el teatro universitario del puerto. Marco Antonio era un artista permanente enamorado de la vida y los viajes. Lo recuerdo con su alegría desbordante sentado al piano y cantando baladas sentimentales o boleros taciturnos. Preparaba el té con canela y ofrecía en las noches calurosas un vaso de vino blanco helado, con una rodaja de limón, mientras se paseaba por esa casa amplia, llena de rincones inesperados con colecciones de cajas antiguas, sombreros, victrolas y partituras de música de operetas vienesas. Allí, en esa semi-penumbra, hablábamos de libros y de su

vida en Venecia o de cuando había recorrido Alemania, tocando piano en espectáculos de cabaret.

Una tarde, escuchando discos viejos de comedias musicales, sonó el teléfono. Marco Antonio descolgó y estuvo hablando largo rato, en medio de risas, acerca de “Pedro Urdemales”, una obra de teatro a la que le había puesto música. Era una versión teatral en estilo cuento infantil del famoso relato folklórico. Luego, cuando finalmente colgó, me dijo con toda naturalidad que estaba hablando con María Luisa Bombal.

Yo no podía creerlo. Aquella figura tan lejana, tan imprecisa en mi mundo literario, me parecía de súbito tan cercana. Me contó que no estaba en el extranjero como yo suponía sino que en Viña del Mar, viviendo en una casa junto a la Plaza México. El la conocía mucho ya que ambos frecuentaban la casa de la escritora Sara Vial.

Marco Antonio, mientras vivía en Madrid, fue muy amigo de una hermana de Sara Vial que radicaba allá. Ahora, de regreso en Chile, visitaba a Sara y le gustaba mucho encontrarse en esa casa con María Luisa Bombal que me la describió como una mujer llena de vitalidad y entusiasta de la música, la poesía y el teatro.

Yo, de inmediato, le pedí su número de teléfono, pero Marco Antonio me respondió que era muy delicado y que no podía dármele. Comprendí su prudencia, pero ciertamente hubiese deseado obtenerlo para entablar contacto con mi escritora favorita.

Aquella noche, ligeramente decepcionado, me fui de la casa de Marco Antonio. Sin embargo albergaba una esperanza. En el fondo, tenía el presentimiento de que me había acercado a algo maravilloso que simplemente estaba al otro lado de la bahía.

Entretanto seguí leyendo sus obras: “Lo Secreto” y “Las Islas Nuevas”, imaginando que la autora estaba en una casa de Viña del Mar bajo la misma lluvia o bajo el mismo sol, a la misma hora y a la misma temperatura. Que era día o noche para ambos, a la vez.

Una noche, por azar - o tal vez por azahar o porque estaba premeditado o escrito - fui a una fiesta a una casa de la Subida Carampangue, en el barrio del

puerto de Valparaíso. Era una fiesta juvenil con gente universitaria y personajes increíbles y estrafalarios de la bohemia porteña de esos años locos años 70. Escuchábamos a Simmon and Garfunkel tocar “El cóndor pasa” y también discos de Luis Dimas y Cecilia.

En un momento, un joven de unos veinte años que estaba sentado, fumando en un balcón, cayó a la calle. Asustados, salimos a ver qué había ocurrido. Pero por suerte - por esos caprichos de la geografía urbana de Valparaíso - la caída a una vereda en declive fue a muy poca altura, de modo que el accidente no fue grave, pero igualmente llevaron al muchacho a uno de los cuartos y lo tendieron en una cama.

El baile continuó pero yo, por curiosidad, fui a esa habitación empapelada... ¡con diarios! Aquel joven estaba aturdido por el golpe, pero podía incorporarse. Sin lugar a dudas, al día siguiente se iba a recuperar...

Me quedé a su lado y, por distraerlo, le conversé de música, de los invitados que conocíamos y de la casa en donde nos encontrábamos. Le conté también que estudiaba literatura y que me gustaba leer, que mi autora preferida era María Luisa Bombal.

El muchacho abrió los ojos como si se despertase de un sueño y me preguntó con una sonrisa cómplice: “¿Te gustaría conocerla?” Sorprendido ante su ofrecimiento, le respondí que sí, pero que no sabía qué relación existía entre él y mi escritora predilecta.

Afuera de la habitación se escuchaba la música y las parejas que bailaban en ese enorme salón. El dijo simplemente: “Vivo con ella”.

Extrañado por aquella afirmación aparentemente absurda, pensé que deliraba por efecto de la caída. Pero no era así. Me dijo que me iba a dar el número de teléfono de María Luisa con la condición de que nunca le dijese que él me lo había dado.

- Ni siquiera sé tu nombre - le dije.

- No voy a dártelo tampoco - me dijo - Hay que ser prudente. Y si alguna vez me ves en la casa o en la calle con ella, haz cuenta que no me conoces.

Nervioso e intrigado, fui a buscar lápiz y papel. El joven tendido en aquella cama, me dictó un número y luego cerró los ojos.

Yo encontraba muy misterioso todo aquello e incluso pensé que el teléfono era inventado. Al día

siguiente, muy nervioso, marqué el número desde mi casa familiar en el cerro Placeres. Salió una voz de mujer. Yo pregunté: “¿Puedo hablar con María Luisa Bombal?” Hubo un momento de silencio que me pareció interminable. Era muy factible que me dijeran “Está equivocado”, pero no fue así. La mujer me respondió “¿De parte de quién?”. Di mi nombre y luego dijo: “Espere por favor”. Luego vino un momento aún más largo e impaciente que el anterior. Pensé que alguien iba a hacerse pasar por María Luisa Bombal, pero también pensé que tampoco era un nombre tan conocido o familiar entre la gente corriente de Viña. Por fin, después de un momento, escuché una voz de mujer.

- Sí, habla María Luisa Bombal.

- Buenos días, habla un estudiante de literatura de la Universidad Católica.



Ella no pareció escuchar y de inmediato se disculpó riéndose por la tardanza, pues venía bajando del segundo piso y arguyó que estaban encerrando y que había tenido que venir “saltando por las pozas de cera”. Fueron sus palabras textuales. Era su primera frase que me reflejó de inmediato un extraordinario sentido del humor. Por lo demás, estaba sorprendido de su amabilidad y confianza, puesto que no me conocía de nada.

Le expliqué que me gustaría mucho conocerla para hablar de su obra. Ella se mostró muy

complacida, porque dijo que rara vez se le acercaba un estudiante para entrevistarla y que casi nadie sabía que se encontraba viviendo en Viña del Mar. Desde que había regresado a casa de su madre desde New York prácticamente no se veía con nadie, de modo que aceptaba con mucho gusto que yo la visitara.

Arreglamos una cita y antes de colgar, se quedó un momento vacilante y me preguntó : “¿Quién le dio mi número de teléfono?” Hubo otro largo silencio dubitativo. Yo vi en mi mente a aquel joven enigmático del que ni siquiera sabía el nombre, tendido en aquella cama después de haberse caído del balcón en una fiesta. Y volví a escuchar sus palabras : “No digas nunca que yo te di el teléfono”. Estaba en una encrucijada. Pero un buen ángel me sopló al oído una piadosa mentira: “Fue Marco Antonio Peña, el músico amigo de Sara Vial...”

María Luisa Bombal sonrió complacida. Ya estaba fijada la primera cita.

A los pocos días - era una tarde de otoño - acudí a la casa de María Luisa con un extraña incertidumbre. Temía incluso de que fuera una broma, que alguien con sentido del humor me había seguido el juego al otro lado del teléfono, dándome una dirección inventada.

Crucé el estero Marga Marga, llegué por fin a la casa de la calle 5 Poniente 77 y toqué el timbre que estaba junto a la reja. Pronto apareció una señora que - tras cruzar un pequeño jardín donde nadaban pétalos de rosas en las pozas de lluvia - me hizo pasar a un salón para que aguardara.

En medio del living me quedé de pie, sumido en aquella claridad teatral de tarde lluviosa, mirando los muebles vetustos y los cuadros al óleo, hasta que escuché unos pasos que bajaban las escaleras. Allí estaba ella, sonriendo. Era una mujer que me pareció alta, con el rostro empolvado, de unos sesenta y cinco años, vestida con pantalones oscuros y con una chasquilla sobre la frente, como una heroína de sus propias novelas.

Mi temor inicial ya había desaparecido porque ella era muy divertida para hablar y constantemente hacía bromas. Me llamaba mucho la atención su manera de pronunciar el castellano con una extraña modulación acompañada de ademanes con sus uñas pintadas.

Recuerdo que conversamos de libros y de películas. Le gustaba mucho la música y de inmediato nos pusimos a hablar de Marco Antonio Peña a quien admiraba por sus condiciones para tocar el piano. Le agradaba tanto que fuésemos amigos. - Ha viajado por toda Europa - me decía riéndose con una carcajada que no perdía nunca.

Después hablamos de sus novelas y de la admiración que yo sentía por su obra. Lo primero que me pidió fue que no le formulara preguntas difíciles porque ella no entendía de análisis modernos. Me contó que la habían invitado por esos días a la Universidad de Chile de Valparaíso y que ella estaba aterrada delante de tanta gente. "Por suerte iba conmigo Sara Vial", me dijo, "Porque ella respondía. De pronto, un profesor de esos doctorales, me dijo que había leído "La Última Niebla", pero que no había entendido dónde había quedado el sombrero de paja que pierde la protagonista. Me preguntó dónde había quedado. Yo, indignada, le respondí: "¡¡¡Búsquelo usted!!!"...

Después le hablé de unos collages que estaba haciendo y me dijo que debía inspirarme en canciones francesas de la Belle Époque para que pegara en mis composiciones los elementos de que hablaban esas letras: rostros de mujeres románticas, tarjetas postales descoloridas, partituras de música, pétalos de flores y plumas de sombreros. Luego se puso a cantar su vals favorito *Fascination* en francés.

Estuvimos viendo fotografías suyas y conver-

sando de Katherine Mansfield a quien admiraba. Me habló de París, de Viña del Mar en invierno, de la niebla que le daba terror y de su madre que estaba en el segundo piso y que deseaba conocerme.

Al poco tiempo, bajó una anciana muy distinguida, de pelo blanco y profundos ojos azules. Para mí, era un privilegio conocer a la señora Blanca Anthes Precht, que era muy conocida en Viña del Mar por haber fundado la radio de la Universidad Santa María que transmitía siempre música clásica.

Me sirvieron té en ese salón y mientras tintineaban las cucharillas en el silencio, conversamos del balneario en invierno, del Patio Andalúz de Recreo, de la playa Miramar con su avenida de palmeras, de los antiguos palacios del cerro Castillo, del paseo Montreyy y de la calle Montaña donde vivían. "Con la luz apagada en el dormitorio, la noche entera percibíamos nítidamente el nacer, alzarse y desplomarse de cada ola, y hasta el suspiro de la espuma que ésta desparmará por las arenas. Un breve silencio hecho de luna, y de nuevo el murmullo del nacer, alzarse y desplomarse de la próxima ola, y de la siguiente y de la otra..."

De todo se hablaba en ese salón en invierno, del pitido del tren en medio de la noche y de aquella fuente en la plaza de Viña donde siempre nadaba un cisne negro...

La madre era también un cúmulo de recuerdos que María Luisa Bombal celebraba con su alegre risa nerviosa... Viña del Mar era otra ciudad en aquella época, más elegante, cuando desfilaban los suntuosos carros alegóricos o cuando Sara Rioja fue coronada Reina de los Juegos Florales Cervantistas en el teatro Victoria de Valparaíso. Sí, ellas conocían a las familias antiguas del cerro Castillo, a Nina Anguita, claro, a la que María Luisa Bombal le había dedicado el cuento "El Árbol" y ciertamente a Felicitas Subercaseaux que paseaba en coche-victoria... Fueron tantas damas distinguidas que se fueron...

De todas ellas, madre e hija cuentan recuerdos y anécdotas hasta que el salón va quedando en una tibia penumbra...

Más tarde, después de las cálidas despedidas, regresé a mi casa de Valparaíso, en el cerro Placeres, con un extraño sentimiento de angustia mezclado a la felicidad. Subiendo frente al Bosque de los Lobos Marinos yo sentía que estaba viviendo algo mágico y que no tenía con quien compartirlo...

La segunda vez que visité a María Luisa Emilia Inés Bombal me dijo que me iba a presentar a su secretario.

Estábamos conversando en aquella sala llena de antigüedades familiares cuando apareció a contraluz por la puerta del fondo un joven muy bien vestido. Me levanté del sillón

para saludarlo y fue entonces que lo reconocí.

Era él efectivamente: el joven del balcón que había conocido en aquella fiesta, aunque ahora estaba muy diferente, con un impecable traje gris pizarra y una agenda de cuero para anotar los compromisos sociales de María Luisa.

Me dio la mano ceremoniosamente como si fuese la primera vez que nos viésemos. Yo estaba desconcentrado y procuraba disimular. También él, en todo momento se comportaba con gran corrección y naturalidad. Se veía que le tenía un gran cariño a María Luisa y que estaba allí para cumplir detalladamente las obligaciones. Era un hombre pálido de modales pausados que se llamaba José Antonio Gallardo. En un momento que salió, María Luisa me explicó por lo bajo:

- José Luis es muy buena persona. Vive aquí con nosotros en las habitaciones del fondo. Su madre es mi ama de llaves.

“Ama de llaves”, esa fue la expresión que usó, como si estuviésemos en un castillo o fuésemos prisioneros en Manderley, la vieja mansión gótica donde se desarrolla la novela “Rebeca” de Daphne du Maurier, una novela de sus novelas predilectas. Efectivamente, de allí sacó inspiración para “La Última Niebla” y la situación de una mujer casada con un hombre en segundas nupcias y viviendo en una casa que le recuerda en todo momento a su primera mujer, está tomada de esa novela en donde aparece aquella famosa ama de llaves interpretada en el film de Hitchcock por Judith Anderson.

A María Luisa le agradaba hablar de cine y de viejas películas. Sabía de estrellas antiguas y me contó que en Buenos Aires había escrito críticas de cine en la revista Sur que dirigía Victoria Ocampo. Hojeando un álbum de fotografías que le trajo su secretario, me dijo: “Aquí estoy en Buenos Aires en una confitería con Jorge Luis Borges. Fue toda una época. Nos juntábamos con Norah Lange, con Luis Saslawsky, el director de cine. Aquí estamos con Libertad Lamarque en el set de la película “Puerta Cerrada”. “Era maravillosa esta actriz ¡Cómo nos gustaba su clara voz con pájaros, llena de juventud y de agua fresca! Nunca apreciamos antes su extraordinario temperamento dramático, pero en “Puerta Cerrada” la vimos actuar y moverse por primera vez con soltura, gracia y dignidad... Fue otro triunfo de Saslawsky el de haber descubierto a una verdadera actriz patética, de humildad, de emoción contenida, a una actriz mucho más expresiva y más inteligente, me atrevería a decir, que muchas de las grandes figuras de la pantalla de entonces. La película era fantástica. ¡Qué pena que ni siquiera la pasen en te-

levisión! Pero en esos años, era un éxito... Lo que más me gustaba era la lluvia contra los ventanales del atelier-buhardilla de la pareja enamorada y la huida de los hermanos después del crimen: ella arrastrando una cola de encajes y llevando al niño pequeño en los brazos, perseguidos por los policías de a caballo en la noche tormentosa... Con Luis Saslawsky estábamos encantados con la actuación de Libertad Lamarque. Incluso después, filmamos con ella “La Casa del Recuerdo” con un guión que yo escribí especialmente para ella y que fue también un rotundo éxito...”

Se dejaba guiar por sus recuerdos mientras a su lado, José Luis Gallardo le pasaba álbumes de fotos y quedaba presto a anotar cualquier compromiso que surgiera en su agenda de cuero negro. Sí...era un joven cortés, alegre y condescendiente. En diversas oportunidades lo vi llevando del brazo a María Luisa a reuniones literarias de Viña del Mar e incluso una vez, acompañándola a visitar al rector de la Universidad Católica de Valparaíso, don Héctor Herrera Cajas, una mañana en que nos cruzamos en las escaleras.

En la tercera visita, acudí con el crítico de cine Sergio Salinas, que no daba crédito a que yo fuese amigo de María Luisa Bombal, a quien él admiraba, pero que suponía muerta o viviendo en otro país.

También en otra ocasión acudí con Renato Pavari, profesor de francés interesado en la literatura, que trabajaba en la Universidad de Chile y que deseaba también conocerla. En esa ocasión hablamos de Francia e hizo recuerdos de su vida en París. También le comentamos que habíamos leído su último relato “La Maja y el Ruiseñor”, recién aparecido en la antología “El Niño que fue” de la Universidad Católica, con recuerdos de infancia de escritores chilenos. A mí me había gustado mucho esa nostálgica evocación de Viña del Mar, con sus neblinas y sus jardines silenciosos.

En realidad, si yo llevaba a alguien a esa casa, seleccionaba muy bien a quien iba a presentarle. Para mí, era un ser maravilloso, particularmente exclusivo, a quien no deseaba compartir con alguien que no tuviese verdaderamente interés en su obra. Yo me sentía como dueño de un tesoro. Además, a esa casa llegaban a veces visitas especiales y únicas, como cuando acudió una hija del compositor Osmán Pérez Freire y hablaron de música. Esa noche de invierno, María Luisa cantó una estrofa de la canción “Una pena y un cariño” compuesta precisamente por Lily Pérez Freire y su hermana:

*“Me voy riendo riendo
y de tí voy arrancando
más si me fueran siguiendo
me encontrarían llorando”...*

La verdad es que en ese tiempo los intelectuales eran más bien indiferentes a la obra de María Luisa. En el ambiente universitario se leían a los autores latinoamericanos, principalmente a Mario Vargas Llosa, Leopoldo Marechall, o Juan Rulfo a quienes habíamos conocido personalmente porque estuvieron con nosotros departiendo en un encuentro de escritores en la Universidad Católica de Valparaíso en 1969.

“La Última Niebla” o “La Amortajada” eran libros más bien para iniciados, para algunos estudiosos o poetas que creían ver en estas obras una magia especial. Por otro lado, ella misma era un ser de otra época, algo abstracto, inmaterial como sus heroínas, intangible como su niebla. Al menos así había sido

para mí, hasta hacía muy poco tiempo. Se conocían sus novelas, pero como vivió prácticamente toda su vida fuera de Chile, nadie podía suponer que se encontraba viviendo allí, en un chalet de Viña del Mar, mientras a poca distancia de su casa, se congregaban los novelistas del “boom” latinoamericano, al cual no pertenecía.

Por otro lado, todavía no se habían reeditado sus novelas ni tampoco volvía a hacer noticia gracias a la edición de “La Historia de María Griselda” y “Trenzas”, textos inéditos en Chile que Roberto Silva Bijiit tuvo la buena idea de editar años más tarde, en 1977, en Quillota, en la editorial El Observador.

De modo que aquellas visitas eran para mí algo deslumbrante. No podía entender cómo la vida seguía indiferente allá afuera, sin que nadie sospechara siquiera, que a la vuelta de la esquina, estaba viviendo María Luisa Bombal...

Ella me tomó gran afecto. Le gustaba leer mis cuentos y siempre me estimulaba en mi camino literario. Me hablaba de Federico García Lorca a quien había conocido en Argentina en el año 1933, en la casa de Pablo Rojas Paz y Sara Tornú, cuando fue a estrenar “Bodas de Sangre” en Buenos Aires con Lola Membrives en el Teatro Maipo.

Después de la actuación, García Lorca realizó una función de títeres como “fin de fiesta” para el pú-

blico asistente al estreno que estaba formado principalmente por poetas y escritores. El repertorio fue “El Retablillo de don Cristóbal” del propio García Lorca y dos adaptaciones: “Las Euménides” de Esquilo y “Los Habladores” de Cervantes. Por cierto que el poeta sabía manipular muy bien los muñecos, pero en aquella ocasión, no actuó solo. Lo acompañaron con los títeres, Antonio Cunil Cabanillas, un director de teatro español residente en Argentina y el escenógrafo de la obra, el pintor e ilustrador de portadas de revistas femeninas, Jorge Larco, con el que un año más tarde iba a casarse María Luisa Bombal...

Nostálgica en su sillón de Viña del Mar, recuerda

a su primer marido, con el que la unían afinidades artísticas, a Pablo Neruda y a Federico García Lorca que tocaba piano para ella y le decía “María Luisa es así” tocando rápidos arpeggios. Eran tiempos de alegría bajo los grandes ceibos de Buenos Aires, en las confiterías y en los teatros. Tiempo también para la soledad y los constantes altibajos, para escuchar a Enrique Granados que tanto le gustaba, para leer a Alfonsina Storni que era maestra e iba a leer poemas al Café Tortoni, a Juana de Ibarbourou y a Willa Cather.

Mirando por la ventana hacia el jardín - o hacia su propio corazón - María Luisa habla de las presencias mágicas y fantasmales.

También de su vida en Estados Unidos, del conde Raphael de Saint Phalle, su segundo esposo, que había fallecido en Nueva York y a quien extrañaba, de su hija Brigitte que vivía en Estados Unidos y a quien deseaba volver a ver.

Lamentablemente nunca se llevaron bien y Brigitte jamás vino a conocer el país de su madre. Pese a las desavenencias, siempre me hablaba de ella, incluso una vez, estaba vestida con una bata de color sandía y me dijo que era regalo de su hija Brigitte. Tanto la quería que la protagonista de su cuento “El Arbol” se llama precisamente Brígida.

En ese tiempo, leía a los clásicos. “Siempre hay que leer a los clásicos”, me decía. “Sobre todo la mi-



tología griega que es la base de la literatura. Allí están los argumentos de peso, los verdaderamente interesantes que son los dramáticos. Tienes que escribir cuentos basados en los mitos: Mitología Moderna, esa es la clave... Ya ves, todas mis heroínas se inspiran en el mito de la Medusa. Yolanda de “Las Islas Nuevas” no es más que una Medusa moderna”

Yo me quedaba deslumbrado con sus palabras. Y cuando regresaba a la casa, comenzaba a poner en práctica todos esos consejos literarios que nacían de nuestras conversaciones en la penumbra de ese antiguo salón viñamarino.

Fue así que, siguiendo sus consejos, escribí “Medea”, un cuento inspirado en la tragedia de Eurípides. Tal como me había sugerido, actualicé el tema a la década de los años cuarenta. Por ese tiempo, en los años setenta, la revista Paula organizaba todos los años un célebre concurso de cuentos que era muy famoso porque era uno de los pocos concursos de cuentos que había y además, era muy publicitado. Todos los jóvenes queríamos enviar nuestras creaciones literarias y yo envié mi cuento que había trabajado con María Luisa Bombal. Tenía en ese tiempo 20 años cuando obtuve una “mención honrosa” en ese certamen. Para mí, era todo un triunfo porque era la primera vez que obtenía un premio fuera de Valparaíso. En el puerto había ganado mi primer premio con el cuento “Berta o los dorados estambres de la locura” que a María Luisa Bombal le había gustado mucho.

De inmediato la llamé por teléfono para contarle la noticia y volvió a ratificarme la idea de los clásicos de la mitología griega. Cuando apareció el cuento en la revista Paula fue todo un acontecimiento y María Luisa Bombal me llamó para felicitar me y a todos les decía que ese cuento lo habíamos escrito juntos. En realidad, la idea había sido suya y yo había escrito el cuento siguiendo sus pautas. Ese año obtuvo el premio Marco Antonio de la Parra y el dramaturgo Fernando Cuadra, que era mi profesor de teatro en Valparaíso, una mención honrosa, igual que yo, lo cual, para mí, era una gran satisfacción.

Más tarde, escribí “Fedra”, siguiendo los mismos cánones y una novela que titulé “Princesitas”. Este original obtuvo el segundo premio en el Concurso de los Juegos Florales Gabriela Mistral de la Municipalidad de Santiago en 1974. Recuerdo que entregaron los premios en el Palacio Cousiño que yo no conocía y me entrevistó el periodista y escritor Jorge Marchant Lazcano. El primer premio lo obtuvo Enrique Valdés con su novela “Ventana al sur”. Yo tenía veintitrés años en ese entonces y me parecía muy extraño el mundo de Santiago, muy diferente al ambiente que vivíamos en Valparaíso.

Por lo demás, era la segunda vez que venía a la capital en forma independiente y por más de unas horas. Antes sólo había venido con mis padres o con el colegio a ver obras de teatro en el ITUCH de ese tiempo, como “Fulgor y Muerte de Joaquín Muirietta” de Pablo Neruda o “El Evangelio según San Jaime” de Jaime Silva que nos entusiasmaba tanto.

La primera vez que vine por mi cuenta fue cuando vine a la entrega de los premios literarios de la revista Paula, una tarde de mucho calor. Viniendo de Valparaíso no podíamos entender las altas temperaturas que debían soportar los santiaguinos, a fines de año que era cuando se entregaron estos premios.

María Luisa estaba muy contenta y sorprendida. Me pidió que le llevara el manuscrito de “Princesitas” porque deseaba leerlo. Se lo llevé y quedé encantada. Tuvimos una reunión en su casa para analizar la novela y me dijo que el personaje más interesante era un joven llamado Yayo, de quien todos hablaban, pero que nunca aparecía. Desde entonces, siempre me llamó así.

Yo seguí visitándola durante ese tiempo. Conversábamos, salíamos y me llamaba alegremente “mi enamorado”. También íbamos a ver a Sara Vial donde siempre había risas, anécdotas y brillantes temas de conversación. En esa casa de la calle Arlegui pasamos momentos muy agradables que se duplicaban con la presencia de María Luisa Bombal porque ella siempre recordaba su amistad con Pablo Neruda. Y entonces comenzaba una verdadera cascada de recuerdos que se entrelazaba con las conversaciones amenísimas de Sara Vial. Ambas eran niñas joviales que reían y se mostraban cartas. Sara hablaba de su infancia en el cerro Alegre, de cuando bajaba al plan por la calle Urriola, siempre llena de agua, o de cuando su madre tocaba vals en el piano. Le agradaba hablar de esas casas misteriosas y de las campanadas del reloj Turri que acompañaron su niñez de niña elegante. En un cajón de la cómoda guardaba un poema que Pablo Neruda le había escrito en una servilleta. A su lado, María Luisa hablaba de una cocina en Buenos Aires donde ambos escribían porque allí había buena luz. En una esquina se sentaba ella corrigiendo los borradores de “La Última Niebla” y en la otra, Pablo Neruda escribía “Residencia en la Tierra”. En una de esas reuniones llegó María Urzúa que había sido secretaria de Gabriela Mistral en Petrópolis. El esposo de Sara Vial tenía una panadería que funcionaba en los bajos de la casa, de modo que a las cinco de la tarde, siempre enviaban bandejas de pasteles y pan recién salido del horno para la hora del té.

Sentado en silencio en aquella mesa tan bien servida, yo simplemente escuchaba aquellas conversa-

ciones de alegres recuerdos con aquellas tres increíbles escritoras que tenían de común denominador un extraordinario sentido del humor y gran conocimiento literario. Se sumaba además el talento y las sabrosas anécdotas que relataban de escritores. María Urzúa contaba que estando con Gabriela Mistral en Brasil, se había suicidado su misterioso sobrino Yin Yin. A causa de ello, sumida en una profunda depresión, la escritora había escrito unas famosas oraciones que hacía leer a las personas que trabajaban con ella para orar por el alma de Yin Yin.

Al poco tiempo, toda esa convivencia literaria en el salón de Sara Vial se iba a terminar. Mejor dicho, iba a ser reemplazada por otras experiencias que vendrían más tarde, ya que había obtenido una beca del Instituto de Cultura Hispánica para estudiar literatura en España. Era una gran oportunidad para perfeccionar mis estudios en el país de mis antepasados y conocer mis raíces visitando el pueblo donde había nacido mi padre en la frontera con Portugal. Con mucha alegría y profunda nostalgia, dejé Chile en enero de 1976.

Días antes de partir, fui a despedirme de María Luisa Bombal. Estaba muy contenta con mi viaje, pero me dijo que me iba a extrañar porque se había acostumbrado a mis visitas y conversaciones.

En aquella oportunidad, me invitó a tomar un aperitivo en el Chez Gerald de la avenida Perú que le gustaba mucho. Recuerdo que era muy especial el ambiente: parejas jóvenes en todas las mesas. En una de ellas, una mujer madura, muy pálida, vestida con un grueso abrigo de piel y un joven de veinte años, hablando de libros y poetas, del mar y de las avenidas de ceibos en Buenos Aires, del jacarandá y de cierto gomero. Yo me sentía como el dueño de un tesoro y no podía entender cómo a nuestro lado, la gente se mantenía sin saber que en una mesa estaba nada menos que María Luisa Bombal.

Regresamos a su casa y nos despedimos amigablemente en el antejardín de las rosas blancas. Me dijo que me iba a anotar la dirección para que le escribiera, pero no teníamos pluma ni papel. La señora que estaba regando el jardín nos facilitó un lápiz y riéndose nos dijo “En casa de herbero, cuchillo de palo”. Días después, en enero de 1976, viajé rumbo a España lleno de ilusiones...

En Madrid viví en un comienzo en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, en la avenida Séneca, cerca del Instituto de Cultura Hispánica que me había becado y donde realizaba estudios de lengua y literatura española. Al poco tiempo, me inscribí en los cursos de doctorado en Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid,

cuyos cursos fueron muy interesantes y profundos.

Al cabo de un tiempo, el profesor Federico Sánchez Castañer que era mi tutor, me indicó que debía buscar un tema para investigar. No tardé mucho en encontrarlo. Haría mi tesis doctoral sobre el tema “Vida y obra de María Luisa Bombal” en una época en que todavía no comenzaba ese creciente interés por estudiarla que vino después con las tesis de investigación en las universidades norteamericanas y los libros de Hernán Vidal, Agata Gligo, Margorie Agosin y Lucía Guerra Cunningham entre otros.

Le escribí en mi habitación del Colegio Mayor una carta a María Luisa Bombal contándole mi deseo de realizar una investigación en torno a su obra como tema de mi tesis doctoral. Al poco tiempo, recibí la respuesta de su puño y letra, escrita con bolígrafo azul, con esa caligrafía nerviosa que la caracterizaba y ese uso tan particular de los guiones:

Señor Manuel Peña.

Colegio Mayor N.S. de Guadalupe.
Habitación 125. Av.Séneca 4.
Madrid 3.
España.

Santiago, 24 agosto 1976.

Yayo querido:

¡Cuánto me emocionó tu carta de Madrid del 26 de mayo pasado! ¡Cuánto, tú no sabes! Ha sido un consuelo espiritual dentro del pesar y tristeza por las que he pasado últimamente. Mi mamá murió el 14 de junio pasado. Se fue en cuatro días - pulmonía doble - pero no sufrió y se veía muy linda y joven, muerta, cuando se la llevaron. También llevaba un semblante de paz muy grande y casi de dulzura. Bueno Yayo, yo estaba en Santiago y ella me tenía guardada tu carta que tanto aprecio y leo y releo para darme ánimos y sentirme una razón de ser. Estoy muy desanimada a ratos y atacada por la gran tentación de Satanás: la melancolía.

Por favor, Yayo. ¡Pedirme el consentimiento para ocuparte de mi pequeña obra! Si más que consentimiento te doy las gracias y todo mi entusiasmo por ello. Ojalá no te haya desanimado el no recibir contestación inmediata mía. Mi único anhelo ha sido ser conocida y publicada en nuestra Madre Patria. ¡Y ahora tú y tu **valiosa** ayuda ayudándome a conseguirlo! No puedes haberme dado una alegría y esperanza mayores. Y me siento orgullosa de ser presentada allá por el Profesor y escritor Manuel Peña.

Me alegra aún sobremanera lo que me cuentas sobre tus estudios y además el enterarme que no olvidas tu libro mitológico. Va a ser grande. Sobre todo si los

personajes no son todos completamente nuestros; si los hay entre ellos algunos “universales”. Tú me entiendes. - Te echo de menos, Yayo; escríbeme diciéndome que me perdonas esta tardanza en contestarte y cuéntame de tí, tus últimas noticias. Te abraza:

María Luisa Bombal.

P.D. Mucho, mucho tendría que enterarte y contarte de nuestras actividades literarias aquí, pero será para otra vez - quiero que esta salga cuanto antes. Cariños. María Luisa.

Remitente: M.L.Bombal.

Casilla 344.

Viña del Mar.

Chile.

Sud América.

La carta refleja el desánimo de María Luisa Bombal en aquellos años. Se sentía profundamente sola. Recuerdo que una vez, caminando por la calle Valparaíso se detuvo bruscamente y me dijo “Yo creo que ya me morí. Y esto que estoy viviendo es el infierno”. La estaba atacando “la gran tentación de Satanás : la melancolía”.

Pasaba grandes depresiones y sólo la consolaba la presencia de alguien a su lado. No soportaba estar sola. Por eso, Sara Vial fue su gran amiga en Viña del Mar, con quien podía comunicarse y hablar de libros, de autores y de literatura. Fuera de ese ámbito, se sentía desorientada, sin un lugar. Por lo demás, Viña del Mar le parecía una ciudad fea y vulgar. Ya lo había sentido cuando escribió “La Maja y el Ruiseñor” en que recuerda, nostálgica, el balneario de la infancia, elegante y señorial. Ahora, con tantos años transcurridos, se sentía en una ciudad que ya no le pertenecía.

La descripción de la muerte de la madre es uno de los pasajes más bellos de la carta. Parece una pasaje de “La Amortajada” : “Se veía tan linda y joven, muerta, cuando se la llevaron. Llevaba un semblante de paz muy grande y casi de dulzura”. Para María Luisa Bombal, la muerte tenía algo bello y misterioso a la vez. Algo enigmático.

Luis Saslawsky, el director de cine argentino de los años treinta y cuarenta (filmó “El Balcón de la Luna” con Lola Flores, Carmen Sevilla y Paquita Rico) - a quien conocí en Buenos Aires muchos años más tarde - me contó que María Luisa Bombal siempre vivía obsesionada con la idea de la muerte. Estando allí, en esa difícil época, escribió varios guiones para el cine, entre ellos, el de la película “La Casa del Recuerdo” que Saslawsky filmó con Libertad Lamarque.

“María Luisa sabía dar muy bien ese clima angus-

tioso, claustrofóbico, que se siente en una hacienda en el campo, en un día de lluvia”, me dijo Saslawsky, en una amplia casa de la calle Suipacha donde me hallaba hospedado, en medio de recuerdos cinematográficos y un enorme foco de filmación. “Y eso era lo que yo quería precisamente. Durante todas la película está lloviendo y eso daba un ambiente muy... muy...María Luisa Bombal...Estábamos filmando esa película cuando recibí la carta de un amigo mío, moribundo, en un hospital de Buenos Aires. Con letra temblorosa me decía que se había enterado de que yo estaba filmando “La Casa del Recuerdo”, cuyo guión lo había escrito su autora favorita. Antes de morir, quería conocer a la autora de “La Amortajada”, novela que había leído por esos días, próximo a la muerte. Yo llevé personalmente a María Luisa Bombal al hospital. La esperé largamente en el auto. Finalmente apareció con el semblante transfigurado. No dijo nada. Días más tarde, supe que mi amigo enfermo había fallecido. A los pocos días, recibí por correo una brevísima nota con la misma caligrafía debilitada por la proximidad de la muerte. La nota decía escuetamente. “Gracias. Mitad hada. Mitad bruja”.

La llegada de esta primera carta fue un extraordinario incentivo que me llenó de alegría, entusiasmo y deseos de trabajar. De inmediato comencé a recopilar datos y artículos, a leer la bibliografía existente y a analizar en detalle su obra en forma meticulosa. A la par, se desarrollaba mi vida en Madrid y la necesidad de cambiarme de casa. Sin embargo, tenía siempre tiempo para escribirle a María Luisa, cartas llenas de amistad y adoración verdadera por su obra literaria. Además, escribí un trabajo de análisis literario en torno al cuento “Lo Secreto” que se publicó en la revista de la Universidad de Chile de Valparaíso.

Había adquirido una máquina de escribir vieja con la que me trasladaba a todas partes. Estaba establecido finalmente en una casa de una familia gallega en la calle Goya. Tenía un balcón por donde entraba la magnífica luz de Madrid. La dueña de casa se llamaba Marina y siempre me hablaba de “Confieso que he vivido” de Pablo Neruda que le gustaba mucho. Fue allí precisamente, en ese departamento soleado y hermoso, donde recibí el libro “La Historia de María Griselda” con una dedicatoria de la autora. Era una hermosa edición, muy sencilla, publicada por Roberto Silva en El Observador de Quillota. Recuerdo que este envío me causó una gran alegría y esperé la tranquilidad apropiada de una noche de invierno para leer ese libro. Días más tarde, recibí la segunda carta de María Luisa Bombal:

Aéreo.
Sr. Profesor
Manuel Peña
Goya 129 - 4ª dcha.
Madrid 9
España.

Viña del Mar, 13 enero 1977.

Yayo querido: Gracias por tus cartas. Me han emocionado de verdad. Cartas así las necesitaba mi ánimo y corazón, y me alegra sobremanera de que éstas vinieran de tí. Gracias nuevamente por todo lo que me dices de mi obra, tu interés en ésta y en mi persona. Sí, me haces comprender cuánto he perdido yo también al irte tú tan lejos. ¡Cuánto necesito de una compañía y amistad cotidianas como podrían haber sido y ser la nuestra! Pues a mí me interesa también enormemente tu obra. ¿Cómo va tu libro, ese tu “Mitología Moderna”? Escíbeme de todo lo que escribas y piensas pues me interesa tu pensamiento y vida. Cuéntame de España y de la gente que ves. Figúrate que mi sueño dorado desde hace mucho sería hacer un viaje largo a ésa. De España no conozco sino San Sebastián.- Yayo, me “encantó”, porque la palabra es “encantamiento” lo que me inspiró tu trabajo sobre “Lo Secreto”, trabajo tan profundo, hermoso...y “ameno”, quiero decir lleno de gracia además. Y ahora contestando tus preguntas.

“House of Mist” me encuentro justamente traduciéndolo yo misma de mi inglés. Asimismo mi “The Foreign Minister”. Extraña situación. ¿Verdad? pero figúrate que ya tengo contrato con las Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso para su publicación apenas éstas, mis obras, estén a punto. No me atrevo a fijarte fecha aún. También van a hacer una nueva edición de “La Historia de María Griselda” y “Trenzas”.

Quiero que ésta salga cuanto antes para que estés al corriente de la situación respecto a todo esto último, por ello no te escribo más largo; es mucho lo que tendría que decirte. Sara Vial recibió tu tarjeta y recuerdo. Muy conmovida. Te escribiré. Para tí un abrazo fuerte de esta amiga y colega que te quiere y admira:

María Luisa Bombal.

Mi nueva casilla 406.

Rte. M.L.Bombal.
Casilla 406.
5 Poniente 77.
Viña del Mar.

Efectivamente, María Luisa Bombal vio una nueva edición de “La Historia de María Griselda” en las ediciones Universitarias, lo que le causó gran alegría. Cuando apareció el libro, hicieron una presentación en el Club Naval de Valparaíso, a la que acudió Jorge Luis Borges, especialmente desde Buenos Aires, porque eran muy amigos de esos años porteños de bohemia.

Al término de la ceremonia fueron todos a tomarse fotografías a la Escalera de la Muerte en un costado del ascensor Cordillera, pero María Luisa Bombal se quedó abajo, rehusando subir ningún pel



daño porque decía que le podía traer mala suerte. Era supersticiosa y en todas las cosas cotidianas encontraba su lado mágico.

Yo iba siguiendo todos estos acontecimientos desde Madrid porque mi familia y amistades me enviaban los recortes del diario, ya que sabían que los estaba necesitando para la redacción de mi tesis.

Por esas fechas, recibí una carta del editor Roberto Silva, de Quillota, quien me proponía editarme un conjunto de mis cuentos, puesto que había leído “Medea” en la revista “Paula” y posteriormente “Vírgenes de Madrid”, un cuento que había escrito después

de observar los modos de vida y costumbres de los madrileños. Este cuento se publicó en “La Estafeta Literaria” de Madrid y resultó finalista en un concurso de cuentos para escritores de habla española menores de 25 años. Junto a diversas crónicas de viaje, este cuento se reprodujo en “El Mercurio” de Valparaíso donde la profesora Ana Julia Ramírez de la Universidad de Chile lo envió, interesando también vivamente a Roberto Silva. Me pedía otros cuentos y permiso además para inspeccionar libremente mi mundo privado en un cajón de mi escritorio que yo había dejado con llave en mi casa de la infancia en Valparaíso. A cambio, me proponía editar mis cuentos y conseguir un prólogo de María Luisa Bombal, quien había intercedido también en mi favor. Roberto me contaba que deseaba publicarle “La Historia de María Griselda” que era inédita en Chile.

Yo le respondí muy entusiasmado. A los pocos días, Roberto Silva fue a mi casa y después de revisar mi escritorio, encontró los papeles, cartas, fotografías y manuscritos que le proporcionó mi madre. Entretanto, le escribí a María Luisa Bombal agradeciéndole su apoyo y contándole el desarrollo de mi trabajo que se sucedió en diversos domicilios, ya que la beca era exigua y luego se terminó, de modo que tuve que sobrevivir en pensiones más modestas.

Igualmente yo me trasladaba con mis papeles y recuerdo que del barrio de Goya, uno de los mejores de Madrid, me fui a la calle de la Rosa, esquina del Ava María, en el barrio del Amor de Dios, mucho más popular y castizo, justo enfrente de la casa donde vivió (y bailó) Antonia Mercé, la Argentina. Era una pensión con un cuarto pequeño donde escribí varios capítulos. Una noche, regresé y me llevé una gran sorpresa al descubrir que en mi habitación dormían otras personas en varias camas. En un comienzo, pensé que me había equivocado, pero no, mi ropa en cajas y los papeles con los estudios sobre la obra de María Luisa Bombal, estaban en el pasillo. Los dueños de casa salieron disculpándose, diciendo que unos familiares habían sufrido una desgracia ya que se les había incendiado la casa. Por emergencia, habían tenido que ocupar mi habitación, donde se hallaban durmiendo, de modo que esa misma noche tuve que iniciar mi peregrinaje por las calles de Madrid para buscar alojamiento. Esas tres primeras noches dormí en una pensión en la calle de Alcalá. Era una habitación sombría a la que se llegaba después de subir interminables escaleras de madera.

Días más tarde, por casualidad, me encontré en la Gran Vía con Gilbert Cabalceta, estudiante de geografía de la Universidad de Heredia, en Costa Rica, que había conocido en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe. Después de hablar de nuestras vidas en España, me señaló que venía llegando de ver a su familia en San José y que ahora estaba buscando un departamento para irse a vivir por una temporada, pues tenía que terminar también su tesis doctoral. De modo que me sugirió que buscásemos juntos un lugar para compartir.

Muy contento con esta posibilidad, iniciamos la búsqueda y finalmente nos mudamos al barrio de Prosperidad a un departamento amplio, moderno, con terraza, donde trabajé en una habitación asoleada y tranquila durante varios meses.

Cuando Gilbert Cabalceta tuvo que regresar a su país, entregamos el departamento y me trasladé a la casa de Juan José Ochoa Escobar, un escritor colombiano que vivía en una casa madrileña muy antigua en el barrio de Embajadores, frente a la Plaza de las Peñuelas. Era una casa de un solo piso, con tejado de tejas y gruesas murallas. Tal vez era una de las casas más castizas que estaban quedando en el viejo Madrid. Tenía un patio interior con su pilón de agua y a fines de verano, en el mes de septiembre, se celebraba, justo enfrente de nuestros balcones, la tradicional Fiesta de la Melonera que era una de las verbenas más auténticas del Madrid romántico.

Me llevé las fichas de la tesis a Fermoselle, el pueblo de mi padre en la frontera con Portugal y allí escribí, en la casa de mi abuela, cuyas ventanas daban al castillo donde vivió doña Urraca. Muchas tardes salíamos a andar en bicicleta por los alrededores y a compartir con los campesinos en el Paseo de la Ronda. Los campos estaban llenos de cardos morados en ese caluroso verano de 1977. Se celebraban allí las Fiestas de Toros y en medio del bullido de las corridas, yo seguía escribiendo mis reflexiones en torno a la obra de María Luisa Bombal.

Desde allí, le escribí varias cartas, compartiendo con ella lo que me suscitaba la relectura de sus obras, y contándole también la sucesión de festividades en el pueblo. Una tarde, incluso, le envié - en medio de las páginas de una carta - una flor que corté para ella en la frontera con Portugal, frente al pueblo de Mogadouro.

En septiembre regresé a la casa de las Peñuelas de Madrid y fue en este domicilio donde terminé la tesis doctoral en mi vieja máquina de escribir, tecleando hasta muy tarde. Fue aquí también donde recibí la tercera carta de María Luisa Bombal, una tarde invernal, con nieve, que bajé a ver si había algún sobre con sellos de Chile depositado en el viejo buzón.



Air Mail
Sr. Profesor Manuel Peña
Plaza de las Peñuelas 12.
buzón 20
Madrid 5
España.

Viña del Mar. Diciembre 28, 1977.

Yayo querido:

Esta carta es loca y breve - pero no sé escribir cartas que no lo sean a los que considero mis íntimos dentro de mi corazón y espíritu. Te echo de menos, me haces falta como si de toda la vida nos hubiéramos visto tarde a tarde y conversado y compartido ideas, poesía y atardeceres frente al mar en nuestra terraza-restorán de la avenida Perú ¿recuerdas? - y de cómo aquel agudo, peligroso perro canillita nos siguió...y de cómo mi ama de llaves hubo de prestarnos sus lápices en la puerta porque nosotros no disponíamos del más mínimo utensilio similar..."En casa de herrero, cuchillo de palo" nos retó. ¿te acuerdas?

Recibí tu carta. Sus noticias junto con su flor de Portugal me levantaron el ánimo...por unos cuantos días. ¿Cuándo vuelves a levantármelo pan-cotidiano?

Con Sara Vial te recordamos también a menudo. Ella se encontró con tus padres. Te mandará su nuevo libro de sonetos "Al oído del viento", maravilla en todo sentido. Forma, inspiración, ambiente. Soplo de su viento apasionado y clásico al oído de ese viento misterioso de Dios. - Además, figúrate que es libro "entretenido". ¿Has oído jamás catalogar a un libro de sonetos de entretenido? Pues cuando lo leas, verás que este genial adjetivo mío no les quita nada de su perfecta grandeza y tierna poesía.-

Roberto Silva me pide con urgencia unas líneas a fin de "encabezar" tu futuro, precioso y original libro de cuentos. ¿Qué puedo decir que tú no digas ya en tus cuentos? Sólo expresar mi admiración literaria por su originalidad y sentimientos. - Lo haré con entusiasmo ya que así tú y Roberto lo desean.

Te felicito y nos enorgullecemos todos aquí por tus triunfos tan merecidos en nuestra Madre Patria. Feliz Año Nuevo y...vuelve este año mismo. Un abrazo de tu colega y amiga:

María Luisa Bombal.

A mediados de 1978 regresé a Chile por una breve temporada. Antes de regresar a España nuevamente, con informaciones importantes para mi tesis, Roberto Silva me contó que mi libro de cuentos estaba en fase de producción, pero que no había salido porque aún no lo aprobaba la censura. Viniendo de aquella España moderna, me parecían muy injustificados aquellos trámites.

María Luisa había escrito el prólogo. Ansioso por leerlo, se lo pedí en Viña a Roberto Silva pero me dijo que sería una sorpresa y que lo leería cuando el libro estuviese publicado. Mi primer libro incluía cinco cuentos premiados en diversos concursos, tanto en Chile, como en España. Su título inicial iba a

ser "Berta, o los dorados estambres de la locura" que era el cuento que iniciaba la serie con el que había obtenido el primer premio en el concurso de la Universidad Católica de Valparaíso en 1969. Pero María Luisa Bombal se escandalizó con un título tan largo. Entonces, tomando un lápiz, empezó a tachar palabras sobrantes. Una por una. Dejó solamente dos : "dorados" y "locura". Fue ella quien tituló mi libro que desde ese momento se llamó "Dorada Locura".

Días antes de mi viaje, otra vez de regreso a Madrid, nos vimos con María Luisa Bombal en la casa de Sara Vial en Viña del Mar. Desconcertada con estos viajes, me escribió en líneas circulares alrededor de un posavasos: "Yayo: te vas, vuelves, te vuelves a ir... ¿hasta cuándo?".

Como sabía que regresaría a España y que tal vez no iba a volverla a ver más, le dije que deseaba tener una fotografía en la que estuviéramos juntos. Me respondió que a ella también le agradaría tener una fotografía nuestra, pero como yo no tenía máquina fotográfica, le sugerí que nos fotografiáramos en la plaza de Viña del Mar, en una de esas máquinas de cajón. A ella le encantó la idea. La pasé a buscar una tarde, pero avanzábamos muy lentamente por la avenida 1 Norte, junto al estero Marga Marga, bajo las palmeras. Cada cierto tiempo se detenía para descansar aferrada a mi brazo o para decirme alguna ocurrencia divertida, de modo que cuando llegamos a la plaza de Viña, ya se estaba oscureciendo y los fotógrafos se habían ido.

Desilusionada, me invitó a tomar un aperitivo al Gatsby de la calle Etchevers que a esas horas tempranas de la tarde era muy tranquilo. Nos fuimos caminando por la calle Valparaíso que ella no reconocía. Me habló del Virreina que era un salón de té muy elegante y también de Jorge Larco que le había ilustrado la portada de la primera edición de "La Ultima Niebla". "Nos llevábamos pésimo", me decía. "Jorge era muy sociable, muy artista. Llenaba la casa de gente."

Recuerdo que en el bar donde nos hallábamos, había música Disco y ella pidió que la cambiaran. A esa hora no había prácticamente nadie y pusieron melodías en piano. ¡Le gustaba tanto esa música! Me habló de Mozart, de Chopin, de "la música de antes". Se sentía mejor escuchando esos preludios, pero a veces le venía una puntada de tristeza. Se arrebujaba en su abrigo de piel y se quedaba pensando. Después estaba en carcajadas y pedía otra copa de vino blanco.

Al día siguiente regresé a buscarla, esta vez, en la mañana para asegurarme de que llegaríamos a tiempo. Ya estaba arreglada y volvimos a hacer el trayecto por la avenida del estero. Cruzamos el puente de los faroles en la avenida Libertad y llegamos por fin a la plaza donde estaban los fotógrafos. Efectivamente,

nos tomaron una fotografía teniendo de fondo el Teatro Municipal y el Hotel Español. ¡Era un marco muy europeo! Mirando la plaza mientras aguardábamos, María Luisa me contó que antiguamente allí había un parque y un estanque con cisnes... Estaba feliz, y a los pocos minutos, nos dieron dos fotos en blanco y negro, una para cada uno. Al regresar a la casa, María Luisa Bombal escribió al dorso:

“Yayo y yo, en un momento feliz que espero se repetirá. María Luisa Bombal. 11 agosto 1978”.

En esta época, estaba muy ansiosa porque estaba postulando al Premio Nacional de Literatura que deseaba obtener. Con Sara Vial la estimulábamos mucho, diciéndole que era la segura ganadora y que de sobra lo merecía. Pero María Luisa Bombal se decepcionó terriblemente cuando supo que lo obtuvo el filólogo Rodolfo Oroz. “No es un creador”, decía. “Este Premio se fundó para dárselo a un artista, a un poeta, no a un científico de la lengua”.

Con Sara Vial tratábamos de consolarla, diciéndole que “La Última Niebla” y “La Amortajada” eran libros leídos en todo el mundo de habla hispana y que ahora estaba siendo revalorada en Chile a raíz de la publicación de “La Historia de María Griselda”. Pero a ella parecía que nada la consolaba.

También yo regresaba otra vez a Madrid. Antes de viajar, fui a despedirme de ella. Estaba muy nerviosa y deprimida, sin entender que yo regresaba otra vez a España. “No te entiendo, Yayo”, me decía con una carcajada, jugando con la chasquilla en la frente. Entonces estando en el comedor de Sara Vial, tomó un posavasos que había en la mesa y en el reverso escribió: “A mi Yayo: mensaje. Te vas, vienes y de nuevo te vas. ¿Hasta cuándo? María Luisa Bombal. 22 agosto 1978. Viña del Mar”.

En esos días, se vió también con el pintor viñamarino Alvaro Donoso. El artista, le pasó una hoja de block y lápices de colores, diciéndole: “Dibuje lo que quiera”. Ella se quedó un instante dubitativa. Luego, pintó estrellas amarillas sobre un fondo celeste. Lo tituló “Mi Cielo” y se lo dedicó a Alvaro Donoso. Es el único dibujo que se conserva realizado por María Luisa Bombal.

Regresé otra vez a España donde permanecí algunos meses más antes de volver definitivamente a Chile. Se me venía encima el proceso de término de la tesis, con todo lo que ello significaba: mecanografiarla en limpio completamente, fotocopiarla, encuadernarla y presentarla. Fueron meses intensos con frecuentes visitas a la Universidad Complu-

tense y entrevistas con Federico Sánchez Castañer.

Todavía permanecí un tiempo más en Madrid, trabajando con la escritora Carmen Bravo-Villasante, con quien me había especializado en literatura infantil. Escribí un “Catálogo de Libros Infantiles Antiguos” para una exposición itinerante en diversos países de Europa. También su Bibliografía y diversos cuentos y artículos críticos en “La Estafeta Literaria”. Ella fue mi segunda hada madrina, pues me apoyó muchísimo en mis días en España. A través de ella, entré a trabajar en el Departamento de Literatura Infantil de la Editorial Miñón de Valladolid.

Ya era tiempo de regresar a Chile. Sentía que mi tiempo en España había concluido y en febrero de 1979 regresé definitivamente a Chile.

En un comienzo, me sentí muy desambientado en Valparaíso. En su mayoría mis relaciones ya no estaban en la ciudad. Solía caminar por las calles de Valparaíso, sintiéndome un extraño en mi propia tierra. No reconocía mi ciudad natal y me sentía extranjero. Experimentaba esa fuerte y natural sensación de desarraigo que se tiene después de regresar de un país extranjero donde se ha vivido intensamente por algunos años.

Para volver a ser el que era, intenté el camino de la música y toqué en diversos lugares de Valparaíso. Lo más hermoso fue un Concierto en Re para tres guitarras de Rachmanninoff que tocamos en los altos del teatro Colón en la calle Pedro Montt, con Carlos Vásquez de la Oveja y otro guitarrista que se llamaba Fito. ¿Dónde estarán ahora?

También escribí diarios de vida recordando temporadas de Madrid y registrando mis impresiones de recién llegado a Valparaíso, después de una larga ausencia: olores, ambientes, personajes, fragancias de otro tiempo volvían a vivir en mí llenos de melancolía.

Roberto Silva me alegró la vida cuando apareció un día llevándome a la casa unos paquetes con mi primer libro publicado, con prólogo de María Luisa Bombal.

Pocas veces se ven personas de esta generosidad puesto que todo el gasto editorial corrió por su cuenta, sin esperar recompensa alguna, sólo el placer de brindar la oportunidad a un amigo.

Muy ansioso, abrí los paquetes. Eran 500 ejemplares de mi libro, con una portada tomada de aquellos collages que yo hacía antes de irme a España inspirado en esas canciones que cantaba María Luisa Bombal.

En la primera página, venía su prólogo:

“Nuestro editor y amigo Roberto Silva Biji, me hace el honor de pedirme unas breves líneas de introducción para tu libro.

¿Cómo hacerlo sin dar de antemano el secreto de tu obra que es privilegio del lector el descubrir?

¿Cómo definir este libro tuyo, Manuel Peña?

Cuentos de encanto.

Historia de caprichos.

Puntazos y apuntes de lo más hermético dentro del sentir y el pensamiento de seres puros, tristes solos, extravagantes.

Berta, la inasible de un soñador extraviado.

Medea, encubriendo con violencia su debilidad.

Mari Tere, alegre melancolía.

Ana María, la hermosa desesperada.

Cristina, manojo de nostalgias.

Tu estilo, racha de viento suspirado, que pasa explicando la intimidad poética de tus personajes, de sus anhelos y muerte. Ironía, realidad cotidiana que sabes tan bien convertir en poesía.

Y bien, para resumir, cito el título de tu libro “Dorada Locura”, que me atrevo a decir son los estambres de una locura tan humana como tierna.

Viña del Mar, Invierno de 1978.

María Luisa Bombal.”

Fue la última página que escribió María Luisa Bombal. En esos años, otros escritores se habían acercado también a pedirle prólogos de sus libros. Alrededor de esta fecha, escribió los prólogos de libros a Margorie Agosin, Sara Vial, Julio Flores, Isabel Velasco y Patricia Tejeda, entre otros.

“Dorada Locura” fue mi primer libro. Se hicieron solamente 500 ejemplares y la firma de María Luisa Bombal se estampó libro a libro con un timbre de goma con tinta violeta al pie del prólogo. Fue una idea de Roberto Silva como la de incluir grabados antiguos que había en la imprenta de su padre. Igualmente las letras eran antiguos tipos de imprenta, de modo que todo el trabajo fue una edición verdaderamente artesanal y por lo tanto, llena de humanidad.

Su difusión fue irregular pues yo mismo distribuí personalmente el libro en varias librerías de Santiago y Valparaíso, con escaso éxito porque en algunas ni siquiera lo aceptaban. No les interesaba o me dejaban uno o dos en consignación. Cuando iba a la semana siguiente, los vendedores no sabían del libro y ni siquiera se podía saber si se había vendido el ejemplar o lo habían cambiado de lugar. En todo caso, tuvo éxito de crítica porque yo lo envié por correo desde Valparaíso a los medios de comunicación.

Oreste Plath, a quien conocí en casa de Isabel Velasco, cuando viajaba a Santiago a ver a María Luisa Bombal, me dio una lista de personas a quienes yo podía enviar mi libro. Yo no conocía a ningún escritor,

salvo a María Luisa Bombal, de modo que fue una gran sorpresa, cuando al poco tiempo, aparecieron críticas espontáneas y elogiosas de María Carolina Geel, Hernán del Solar, Enrique Lafaourcade, Jaime Quezada y Juan Antonio Massone. Posteriormente y a raíz de las críticas que suscitó este libro, entablé una relación con estos escritores, agradeciéndoles el estímulo.

A raíz de este libro, el escritor Fernando Emmerich me solicitó un cuento inédito para la revista literaria de la editorial Andrés Bello. Le entregué “Una dama de punto-cruz” que había escrito a mi llegada a Valparaíso. Pero se necesitaba una fotografía. Al poco tiempo, llegó a mi casa con una fotografía de la editorial. La sesión fue larga porque deseaban retratarme con el gato rubio angora que estaba muy asustado con las luces.

Estábamos tratando de atraparlo en medio de los focos, cuando sonó el teléfono. Era María Luisa Bombal que se sentía muy sola y deseaba hablar conmigo. Mi madre la atendió pero ella insistió nuevamente. Estaba desesperada en su soledad. Esta vez contestó Ana Hicks, una directora de estudiantina que estaba de visita junto con la actriz Gloria Barrera.

María Luisa llamó cinco veces esa tarde de lluvia intensa, mientras Fernando Emmerich y las visitas no podían entender que era María Luisa Bombal la que llamaba por teléfono para comunicarle a las distintas personas que atendían el teléfono que estaba angustiosamente sola y que necesitaba hablar conmigo. Al día siguiente, tuve que ir a visitarla para desagraviarme por no haberle respondido debidamente.

Días más tarde, me radiqué por primera vez en Santiago. Había obtenido mi primer trabajo que fue en el Área de Cultura de la Secretaría Ministerial de Educación donde fui Especialista en Literatura. Durante esos años, visité a María Luisa Bombal en el departamento de Isabel Velasco, en la calle Merced. María Luisa quería que entrara a la Sociedad de Escritores de Chile. Isabel me trajo unos formularios que decían que era necesario ser presentado por dos escritores que fueron Oreste Plath y María Luisa Bombal.

Al poco tiempo, fui a buscarla a ese departamento, porque le iban a otorgar un premio en la Sociedad de Escritores. Temía ir sola, de modo que la pasé a buscar y la llevé hasta la Casa de los Escritores en la Calle Simpson en un taxi. Íbamos los dos y me decía: “Este taxista no sabe que lleva un mito viviente”.

Al llegar, se acercaron varios autores a saludarla y a llevarla al estrado, de modo que ya no estuve más con ella hasta que la ceremonia terminó. Entonces la llevé otra vez en taxi a la casa.

Iba muy feliz y. Llena de satisfacción por las muestras de cariño de los escritores a quienes yo no conocía por haber vivido todos esos años en Madrid y anteriormente en Valparaíso. Para mí, el ambiente en Santiago era absolutamente desconocido.

Todavía la vi un par de veces más, en el otro departamento de Isabel Velasco, enfrente del anterior, en la calle Merced, número 336. Era un departamento amplio donde María Luisa estaba siempre sola mientras Isabel trabajaba.

La última vez que la vi le llevé un libro que deseaba releer y que yo tenía. Eran los Cuentos de Hans Christian Andersen, publicados en la Editorial Porrúa de México. “El cuento más bello es el de “La Sirenita”, me decía. “Siempre lo leo. El personaje de Yolanda de “Las Islas Nuevas” es como la sirenita, mitad humana, mitad mítica. Por eso, ambas no pueden amar. No son totalmente humanas. La sirenita está enamorada de un príncipe, pero no puede consumarse ese amor porque es una sirena. Necesita una gran prueba, un gran sacrificio a costa de mucho dolor, para llegar a ser amada. También Yolanda sufre porque tampoco es humana del todo. Tiene adosada a su espalda un muñón de ala. Ama a Juan Manuel, pero cuando él se acerca a ella, huye desfavorada. Teme que descubra su secreto. Ambas tienen una dualidad interior. Son creaturas ambiguas”.

Hablamos de mitología, de cuentos infantiles, de leyendas antiguas y de sueños. Ese era su mundo. También del terror a la muerte y a la soledad. Fue la última vez que la vi, cuando me hizo señas desde la ventana. Otra vez se había quedado sola.

Al poco tiempo fue internada en el Hospital. Al comienzo estuvo en una sala común, pero los escritores, en un esfuerzo solidario, se juntaron y lograron que la trasladaran a una habitación privada. Un amigo que la visitó me contó que había dicho: “Ahora es peor porque me voy a morir sola”.

En 6 de mayo de 1980, me dieron la noticia de su muerte, víctima de un coma hepático, mientras yo escribía en una lluviosa mañana de otoño. El ciclo se había cerrado. Fui a la misa con la escritora Magdalena Vial que pocos años después se suicidó en una oficina del Edificio Diego Portales. No me podía convencer que allí, en esa urna en la Parroquia de Nuestra Señora de los Angeles, estaba María Luisa Bombal, “la amortajada”, y que en torno a su cadáver todavía viviente, estábamos todos los que la habíamos querido. Seguramente ella nos veía a todos y a todos nos estaba señalando con el dedo, hablándonos al oído con el corazón.

Cuando la sacaron de la iglesia, pensé en lo

que una vez me dijo bajo las palmeras de la avenida 1 Norte de Viña del Mar: “Los muertos nunca se van del todo. Siguen acompañándonos siempre”.

Luego del crematorio, las cenizas fueron llevadas al Cementerio General en un ánfora y depositadas en el mausoleo de la familia Bombal Videla. En aquella ocasión, diversos escritores pronunciaron pomposos discursos de rigor, lamentándose de que nunca le hubieran otorgado el Premio Nacional de Literatura. Luego, lentamente, el cortejo se dispersó.

El último que se retiró en medio de las cruces fue un joven vestido con un traje color gris pizarra...El ángel del balcón se acercó discretamente, me tendió la mano en silencio y se alejó por entre la última niebla...

Del libro *Ayer soñé con Valparaíso*.

Manuel Peña Muñoz.

Editorial RIL (Red Internacional del Libro)

Santiago, 2007. Quinta edición revisada y ampliada.